

## Los siete viajeros (o Arte Povera) / LÃ-dia Jorge

LÃ-dia Jorge (Boliqeime, Portugal, 1946). Autora de la novela EstuÃjrio (Dom Quixote, 2018). Es la ganadora del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2020. Homenaje a Germano Celant

Escribo estas pÃginas para que sean leÃ-das durante el recorrido de un tren de alta velocidad hacia una ciudad del Norte. Las escribo para que las lea el hombre de gabardina verde que se sentÃ³ en uno de esos asientos a la mitad del vagÃ³n, ahÃ- donde confluyen los asientos que miran para adelante y los asientos que miran para atrÃs. En ese espacio de encuentro, se abre una mesita doble en ambos sentidos, que parece una cosa domÃstica colocada en medio del tren, algo comunitario. En esa superficie Ã©l debÃ-a colocar sus pertenencias, abrir sus dispositivos electrÃ³nicos, quitarse la gabardina, guardarla. Pero no fue eso lo que sucediÃ³. Es temprano todavÃ-a para que el tren parta. Ã©l necesita mirar a su alrededor, despuÃs de sentarse.

Ã Ã Ã Ã Ã Ã «PerfectamenteÃ», pensÃ³.

Ã Ã Ã Ã Ã Ã Porque el hombre de la gabardina llegÃ³ puntual, a tiempo, y ahora que se instalÃ³, el tren ya no tardarÃ; en arrancar. En la lÃ-nea 2 de la estaciÃ³n todo estÃ; detenido. Quien va a viajar ya entrÃ³. Casi todos los asientos estÃ;n ocupados. Son las diez de la maÃ±ana; una niebla cerrada, poco comÃ³n, se instalÃ³ en la ciudad, e incluso ahÃ-, dentro de la estaciÃ³n, esa neblina lechosa invadiÃ³ el espacio. EnvolviÃ³ hasta a los mismos pasajeros, que leen a medias periÃ³dicos y pantallas, medio dormidos, medio despiertos. En realidad, nadie habla, nadie levanta los ojos de las superficies cuadrangulares, nadie parece ser hijo, papÃ; o mamÃ; de cualquiera, cada uno llegÃ³ de su mundo, va para su mundo, cada uno cerrado en su mundo, nadie procreÃ³ a nadie, nadie procrearÃ; a nadie, pensÃ³. AhÃ- adentro, en ese momento, la vida estÃ; suspendida, y lo que queda de ella estÃ; esperando que la lleven a otro lugar. Ã¿El tren arrancarÃ; de inmediato? Ã¿Sin aviso, sin vida, sin sonido, a tiempo, rumbo a la ciudad del Norte? Entre la inmovilidad y el movimiento, un pensamiento surge: Ã«Y, sin embargo, todavÃ-a no va a partirÃ», pensÃ³, mirando por la ventana.

Ã Ã Ã Ã Ã Ã TodavÃ-a no va a partir, porque alguien se acerca corriendo por el andÃ³n, un grupo de personas que agitan chamarras, mochilas, un grupo humano ruidoso, sin aliento por su retraso. El hombre de la gabardina verde debÃ-a ya quitÃ;rsela, mas no lo ha hecho todavÃ-a. En cambio, imagina que, si el grupo entra en ese vagÃ³n, los Ã³nicos lugares libres serÃ;n los que se encuentran junto a Ã©l. SÃ-, estÃ;n entrando en el vagÃ³n nÃºmero 1, el primero en el orden del andÃ³n, el Ãºltimo de la serie. Menos mal, pues si no fuera asÃ-, el tren podrÃ-a haber arrancado dejando a la mitad del grupo en tierra. Pero no sucede asÃ-. Como si el Ãºltimo instante se hubiera prolongado en varios, el grupo entrÃ³, sus rostros apresurados entran al vagÃ³n. Los encabeza un hombre joven, con los boletos en la mano, su mujer e hijos detrÃs. Un tumulto repentino agita la niebla detenida en ese espacio. Ã¿DÃnde estarÃ;n sus asientos? Es obvio, alrededor de la mesita doble, donde hay cinco lugares vacÃ-os. HabiÃ³ndolos descubierto, los pasajeros retrasados dejan sus objetos en el suelo y se disponen a instalarse.

Ã Ã Ã Ã Ã Ã «PerfectoÃ», pensÃ³ Ã©l, mirando amorosamente su artefacto electrÃ³nico, posado sobre su mesita correspondiente.

Ã Ã Ã Ã Ã Ã Lo quita de ahÃ-.Ã

Ã Ã Ã Ã Ã Ã El tren arranca sin ruido. La respiraciÃ³n exhausta de quien llegÃ³ con retraso se mezcla con el deslizamiento falsamente neumÃtico sobre los rieles. Enfrente del hombre de la gabardina, se sentaron los dos niÃ±os de entre seis y ocho aÃ±os, a su izquierda se sentÃ³ el que debe de tener diez. El padre, con una gorra de visera larga, despuÃs de poner las mochilas en lo alto del maletero, se sentÃ³ en el asiento frente al del hombre de la gabardina. La madre de los niÃ±os, muy joven, se sentÃ³ junto a la ventana, con la niÃ±a en brazos, una niÃ±a completamente vestida de color rosa. El grupo humano alegre, movedizo, estÃ; sentado, callado, triunfante, pues finalmente llegaron a tiempo. La paz del inicio del traslado arrulla al vagÃ³n.

Ã Ã Ã Ã Ã Ã «He aquÃ- una familiaÃ», pensÃ³. Ã«Madre, padre, cuatro hijos, una familia a la antigua, todavÃ-a las hay. AÃ³n sobrevive este primitivo tumulto...Ã».

Ã Ã Ã Ã Ã Ã Quietos, silenciosos, cada uno disfrutando su lugar, allÃ- estÃ;n los seis elementos. EstÃ;n bien instalados para un largo recorrido. Pero no pasa mucho tiempo antes de que los chicos quieran asomarse por la ventana a ver el paisaje lechoso por donde aÃ³n se asoman sombras de edificios, de puentes, siluetas de carros que corren a lo largo de vestigios de calles. Los dos chicos, sentados uno frente a otro, primero se arrodillaron sobre el asiento, mostrando las suelas de unos tenis demasiado grandes para sus pies, despuÃs trataron de ponerse de pie sobre los asientos de terciopelo, para acercarse al vidrio. Vigilante, el padre se levantÃ³ y los obligÃ³ a sentarse. Un poco avergonzados, ambos miraron hacia el hombre de la gabardina como si la orden proviniera del pasajero que estÃ; sentado enfrente, y no de su padre. El padre dijo en voz alta, regaÃ±Ã;ndolos:

Ã Ã Ã Ã Ã Ã «Ã¿QuÃ© les dije? Ã¡Muestran mÃ;s educaciÃ³n!

Ã Ã Ã Ã Ã Ã Los dos niÃ±os se golpearon recÃ-procamente, despacio, con golpecitos cortos, por debajo de sus chamarras. El mayor, el que estaba al lado del hombre de la gabardina, se levantÃ³ y golpeÃ³ con entusiasmo a sus dos hermanos mÃ;s jÃvenes.

Ã Ã Ã Ã Ã Ã La madre de los niÃ±os, sentada junto a la ventana, estaba amamantando a la pequeÃ±a. Los largos cabellos de la joven madre, extendidos, caÃ-an sobre su pecho, cubriendo como una cortina la succiÃ³n ansiosa de la hija, mientras sostenÃ-a sus piernitas en forma de rombo rosado. Le dijo a su marido:

Ã Ã Ã Ã Ã Ã «Ã¡Dales de comer, Jeque. Ã¿No ves que estÃ;n insoportables?

Ã Ã Ã Ã Ã Ã El marido se quitÃ³ la gorra para estar mÃ;s cÃ³modo. Los pasajeros en torno del nÃºcleo empezaron a inquietarse. No se movÃ-an, no decÃ-an nada, pero seguÃ-an con molestia creciente los movimientos de aquel padre, que eran ruidosos y rÃpidos. Cosas de plÃstico se agitaban como si dentro de las bolsas hubiera algo animal que caminara. ParecÃ-a que llevaban cucarachas dentro de las bolsas. El ruido incomodaba a los pasajeros de enfrente, a los de atrÃs.

A pesar de todo, quedaba todavía un motivo para la esperanza. Tal vez, con la merienda, ese tumulto se calmar a. Entre la muerte y la vida, el hambre, el hambre en primer lugar. Y entre el hambre y la saciedad, el pan. Helo aquí. De dentro de una de las mochilas, el padre de los niños tom  tres panes envueltos en servilletas blancas. Los más pequeños se abalanzaron sobre ellos. La pequeña, del otro lado, junto a la ventana, seguía chupando la leche, el padre se había vuelto a poner la gorra y ya estaba cerrando los ojos, pero el niño de diez a osabri  su pan, le quitó la rebanada de jamón rosado, untada de mantequilla, y empezó a balancearla en el aire. Abrió la boca, sacó la lengua, moviéndola en varias direcciones, queriendo atrapar la rebanada. Cuanto más la lengua salía y daba vueltas, más alto se balanceaba la rebanada en su mano.

           Mira, mira, Jeque!    dijo la muchacha madre, inclinando hacia adelante a la pequeña.

      El padreabri  los ojos, salt  hacia el hijo que jugaba al columpio con la rebanada de jamón, y antes de que llegara hasta   la gran mano del padre, el niño ya tenía los ojos cerrados y se protegía el rostro con el brazo. Entonces la rebanada de jamón se cayó y fue a posarse sobre la mesita del vecino de asiento. De pie, en medio del corredor, el padre pidió disculpas, pero no termin  la frase, pues al mismo tiempo, del interior de su chaleco se escuch  con fuerza el sonido de una salsa latina. Por unos momentos, todo alrededor se puso a bailar. Palabras en español chocaron en los vidrios. El padre contest  de pie, en voz alta:

           Sí, soy yo, Jeque... Pero ahora no puedo contestar, estoy en un tren con mi banda...

      Retom  la vigilancia de sus hijos, les grit :

           Callados y quietos!   P rtense bien, como les he enseñado!

      Afuera, la llanura seguía sumergida en una niebla cerrada, el paisaje adormecido, pero ahí, dentro del vagón, todos los pasajeros se habían despertado.

           No se preocupe...    dijo el hombre de la gabardina, limpiando la mantequilla que estaba todavía en la mesa.

      Despu s de la limpieza, se levant  y se quit  cuidadosamente la gabardina verde. La inspeccionó, la dobl  por el revés y la depositó en el maletero. La gabardina había sido de su padre, y tenía cincuenta años con ó, porque el padre la había adquirido para festejar el nacimiento de su hijo. El hombre de la gabardina verde imaginaba lo que habría sucedido si acaso la rebanada de jamón con mantequilla hubiera aterrizado en la manga o en el frente de aquella pieza de ropa que había sido de su padre. Habría sido un desastre. No lo fue. Estaba bien protegida, extendida y guardada, muy en alto, por encima de su cabeza.

           No tengan cuidado   les dijo a los niños.

      Y no lo tenían, no era preciso recomend rselo. En ese momento, el chico del jamón estaba a gatas, andando por el suelo, porque había dejado caer el pan. Cuando se irguió, de nuevo el padre lo esperaba, y se puso las dos manos sobre la cabeza, mientras se reía del golpe que iba en su dirección.

           Te r es?    Te r es?    pregunt  el padre, imponiendo respeto con un grito.

      La pequeña, en los brazos de su madre, empezó a llorar. El niño de diez años, no. Ni sus hermanos. Los tres estaban recibiendo sopapos, cerraban los ojos, levantaban los codos, se defendían de los golpes como si hubieran ido a un gimnasio a entrenarse en defensa con los codos, pero no lloraban.

           Van a ver cuando lleguemos a casa!    dijo, en voz muy alta, el padre.

      Y, recurriendo a su fuerza de hombre, se puso junto a cada uno de ellos y los inmovilizó como si fueran muñecos de trapo.   Que se movieran ahora, que trataran de hacerlo! Los pasajeros estaban pendientes de ese movimiento que sucedía exactamente en medio del vagón, un verdadero palco giratorio abierto en todas las direcciones. Por lo demás, todo el interior del tren estaba quieto, a excepción de ese palco abierto. Todo movimiento adicional que se planteara sería una mentira, todo lo que se movía estaba concentrado en esa familia. Ya lo dije, entre la inmovilidad y el movimiento, un pensamiento.

      Un pasajero de enfrente ya se había levantado varias veces y empezado a fotografiar a la familia, o tal vez a grabarla, tal vez con la intención de mandarle a alguien la imagen de la escena escandalosa que estaba ocurriendo en ese viaje. Era evidente que había una amenaza muda en esa grabación sin palabras. El pasajero grabador se sentaba, se levantaba, volvía a grabar. Sólo Dios sabía por qué ese pasajero amenazaba al padre de los niños con ese artificio electrónico.

      El padre se quedó viendo al artificio electrónico que lo filmaba o fotografiaba y se dio cuenta de que era intérprete de alguna acción que otros podían considerar equivocada, aunque era adecuada para  , y se sent . Todos se sentaron. La pequeña se call , y se puso a mamar de nuevo, la madre le cubrió el rostro con sus cabellos, el padre se puso su gorra con visera, los tres niños se quedaron callados, calmados, como si hubieran necesitado esa pelea para encontrar su debido lugar. El tren corría detenido, y los seis miembros de la familia, cansados, se dormían. Pas  algún tiempo. La somnolencia arrullaba de nuevo al vagón. Entonces se escuch  que alguien abría la puerta corrediza del fondo, y por ella apareció el inspector.

           Qu  bueno que todos duermen , pens  el hombre de la gabardina verde. Entre la fotografía de una familia su verdadera vida, hay siempre una batalla.

      Habían atravesado la batalla.

      El inspector se aceraba, caminando entre los asientos, dirigiéndose amablemente a los pasajeros, a la izquierda y a la derecha, intercambiando palabras breves, algunas sonrisas, todo sin ruido, una sombra amable, protectora, caminando en sentido contrario al movimiento del tren, hasta llegar al punto donde se unen los asientos que miran para enfrente con los asientos que miran para atrás. Los niños, la joven madre, todos dormían, los rostros cansados, las pestañas cerradas. Sólo el padre se despert  para mostrar los papeles blancos al inspector. El inspector mir  detenidamente los papeles y dijo algo en voz baja al padre de los niños. Educadamente. Pero el padre de los niños pregunt  en voz alta:

           Cambiarnos,   pero por qué?

El inspector volvió a hablar quedo, muy quedo. Hasta que extendió los brazos y dijo esperamente:  
«¡Simplemente porque ustedes no son de aquí-. Comprenda.  
«¿Por qué dice que no somos de aquí-?  
Ahora todo suceda en voz alta.  
«Porque este es un vagón Confort. Y ustedes no son del vagón Confort. Tienen que atravesar este vagón, pasar por el 2, pasar por el restaurante-bar, y después entrar en la zona Turística, y es ahí-, en la Turística, donde están sus lugares. Si los números son los mismos, es por casualidad, no soy responsable de eso.  
Y como el padre de los niños no se movía, el inspector perdió la paciencia y, de mal modo, dijo:  
«¡De prisa!  
«¡Jeque, vamos!» dijo la muchacha madre.  
La muchacha madre ya se había levantado, tomado su bolsa de madre, llena de muñecos de Hello Kitty, cargada a la pequeña, y los niños, apenas despiertos, habían comprendido que se habían instalado donde no debían y miraban a su alrededor, asustados, caminando, con sus tenis gigantes, detrás de su madre. El tren zigzagueaba. El padre de la gorra de visera larga era el último de su familia en comprender y doblegarse a las reglas del camino de hierro. Se levantó. Empezó a andar detrás de su familia, a grandes zancos, encogiéndose los hombros, cargando mochilas y bolsas. En torno a él, todos los pasajeros de ese vagón estaban despiertos, pero nadie decía una palabra ni se miraban entre sí-, una mezcla de vergüenza por la expulsión, y una mezcla de alivio porque finalmente la paz estaba llegando. Como se sabe, entre el bien y el mal, una mortaja. Un suspiro. Finalmente, llegaron la paz y el orden, porque ellos no eran de allí-. Y el inspector se acercó al hombre de la gabardina verde, contrariado, sudando, como si hubiera atravesado una tormenta en el mar. Revisó el boleto. Comentó:  
«Hay que tener paciencia, hay que tener paciencia...  
«Muchas gracias» dijo el hombre de la gabardina.  
«¿Le pregunto algo?»  
«¿Van a tener que atravesar todos estos vagones?  
«Sí-, su vagón es el primero, precisamente el que está junto a la locomotora...  
Entonces, en la planicie por donde el paisaje corría ahora a toda velocidad, el tren silbó dos veces, un silbido lúgubre como los silbidos de los trenes, porque cada uno de esos sonidos separa dos tiempos irreconciliables. Uno hacia el frente, otro hacia atrás, y en el medio una fracción de nuestro tiempo privado se despedaza. Miró hacia el paisaje blanco en donde surgían figuras de árboles que iban y venían, desaparecían, sombras de sombras que desfilaban, y pensó que todo podría haber sido diferente. Pensó, sintiendo un peso sobre el pecho. A medida que sus pensamientos se expandían, su pecho descendía. ¿Cómo no se le había ocurrido?  
¿Por qué no había pensado hace un momento en que podría perfectamente haber pagado las multas, pagado los excesos, pagado todo lo que fuera necesario, para que esa familia hubiera continuado en el lugar que el azar le había proporcionado? ¿Por qué razón, ¿eh?, el hombre de la gabardina verde, no había colaborado con el azar, no había permitido que ese grupo humano lleno de vida hubiera continuado ahí-, durmiendo a su lado? ¿No, que transportaba en su utensilio el modelo de una torre bíblica que debía ser construida en medio de un oasis futuro, en Arabia Saudita, un oasis que todavía no existía en el desierto, tanto esfuerzo, tanta pericia, tanto riesgo en su pantalla, tanto cálculo, tanta conquista sobre la aerodinámica, tanta riqueza líquida, espesa, oscura, arrancada a las profundidades de la arena, tanta conversión de dólares en euros, ¿eh?, testigo y agente de toda esa energía intercambiada, y no había sido capaz de decidir, en el momento exacto.  
¿Quién era ¿eh? en verdad en esta vida? ¿Para qué servía? ¿Para qué había venido a este mundo? Se acomodó en el asiento y volvió a ver la silueta del hombre, el joven padre, soportando el desaire. Volvió a ver a Jeque, saliendo del vagón, vencido. Una, dos, tres, veinte veces. Cerraba los ojos y no dejaba de verlo. Una debilidad suya, que lo asaltaba de vez en cuando, quedar preso de imágenes como ésta sin poder avanzar, y repetirlas, repetirlas, sin poder contenerse. La gabardina verde que llevaba, otra debilidad.  
Desde que su padre se la había heredado, la usaba en los días en que había algún riesgo. Independientemente de lo que sucedía, así- el resultado fuera bueno o malo, la vieja gabardina desgastada, mil veces lavada en seco e impermeabilizada, le amortiguaba los golpes, le amortiguaba las alegrías. Golpes y alegrías que necesitaban ser amortiguadas, para que el ser humano permaneciera fuerte, seguro, equilibrado. Ya fuera llevándola puesta, ya fuera doblada en el fondo de su maleta, viajaba con ella por todo el mundo. Su debilidad ante la gabardina, y su debilidad ante la familia de ese hombre, así- joven, llamado Jeque, eran dos debilidades. Dos debilidades en un solo día eran demasiadas. Detestaba las debilidades. Pensándola bien, no quería saber nada más de la familia de Jeque, iba a dejar de pensar en esa imagen inquietante. No quería, no. Entre la decisión y el hecho, el firme paso humano. Y el hombre de la gabardina miró el paisaje difuminado de blanco y pensó en el encuentro que tendría con otros arquitectos, venidos de lejos para discutir entre sí-, en la sala de reuniones de un hotel, ahí- en la ciudad del Norte, aquel maravilloso proyecto. A él le había tocado colaborar con el diseño de la punta de la torre bíblica, desde donde se vería, incluso de noche, la mitad de la Tierra. Ese día iba a ser muy importante en su vida, él no podía volver a pensar en esa familia. Estaba decidido.  
«Cuando lleguemos a nuestro destino, voy a quedarme atrás, esperar a que desaparezcan, no los quiero volver a ver».  
Pero no fue eso lo que sucedió.  
Escribo estas líneas para que las lea el hombre de la gabardina verde, para que recuerde siempre cómo sucedió precisamente lo contrario. Se puso la gabardina, muy vieja, la que tenía un cinturón muy largo, muy amplia, solapas enormes, hombreras militares, un objeto proveniente de los viejos años setenta, y esperó a que todos los pasajeros bajaran, corrieran, desaparecieran al fondo. Sólo después salió. Con el rostro serio, apresurado, caminó a lo largo del

---

andén. Cuando se preparaba a bajar los escalones subterráneos, sintió a alguien a su lado. Era un niño. Era el chico de diez años. El chico extendió la mano, la abrió y en la mitad de la mano tenía un botón de pasta verde. El chico balbuce :

        "Lo encontr , era mío, pero mi papá me orden  que lo entregara.

      Lo que el niño le entregaba era un botón de la gabardina que había encontrado en el piso del vagón.  l tocó frente de la gabardina, y era verdad, le faltaba un bot n.

      Regres .

      Sentados en una banca de la estación de la ciudad del Norte, ah  estaba la familia. Com an, otra vez, porque entre la vida y la muerte, el hambre. Y entre el hambre y la saciedad, el pan. El padre y la madre de los niños, así como los hijos, comían panes envueltos en servilletas de papel. Había latas sobre la banca. El hombre de la gabardina verde abrió su portafolio, pas  la mano por la billetera. Cont  uno, dos, tres, cuatro billetes. Pero se detuvo. No podía hacerlo. Era necesaria otra cosa, más elevada, digna, a la altura de lo que había pasado, no eso. Busc  sus tarjetas de presentación y sacó una. Subray  el teléfono, la entregó al padre de los niños, que entonces se levant . La muchacha madre también se levant  con su pan y su pequeña en brazos, y los chicos se subieron a la banca para quedar a la altura de la tarjeta y del botón. El padre se quedó viendo, muy sorprendido, ese papel. Repet a:

        "Claro, s , si un día lo llevo a necesitar, le llamo. Y no se vaya as  nada más, porque yo no tengo tarjeta, pero tengo teléfono. Voy a dictarle el número. También usted, si alguna vez lo necesita, palabra de honor, ll meme. Para usted, lo que necesite.

      Cuando el hombre de la gabardina verde retom  su camino hacia el hotel, llevaba el botón que se desprendió de la gabardina guardado en la faltriquera, y los artefactos electrónicos en la mano. Llevaba el equipaje perfecto. Pero no iba solo. Lo acompañaban varias mochilas, varias bolsas, varios panes envueltos en papeles blancos, tres latas de Coca-Cola, una alegría, una tristeza, una interrogación, cuatro niños, una pareja, y él mismo, un hombre solo, una gabardina vieja, dos estaciones de tren, unos cabellos de muchacha que le llegaban a la cintura, los pañales del niño enrollados, puestos al lado del banco en el andén, una computadora de arquitecto donde estaba escondida la torre de una ciudad futura en medio del desierto, dos hombres, un apretón de manos, el remordimiento de uno, la vergüenza del otro, frente a frente, la incomodidad de todos, y en medio de esa mezcla de seres y estados, visibles e invisibles, una revelación, sin nombre, llamada la pobre pobreza de los hombres. De vez en cuando alzados del suelo, por un bot n. O algo parecido. Y eso es todo, Jeque. Es todo. Traducción del portugués de Blanca Luz Pulido.